



## EL BURLADOR DE SEVILLA

Y

## CONVIDADO DE PIEDRA.

## PRIMERA PARTE.

**R**esuene el mérito acento,  
 y vuela de uno á otro Polo,  
 en las plumas de la fama,  
 el caso mas portentoso,  
 la maravilla mas grande,  
 y suceso mas pasmoso,  
 que se guarda en los anales,  
 y para hacerlo notorio,  
 no presume mi ignorancia,  
 remontarse al suntuoso  
 bello monte del Parnaso,  
 para implorar el socorro  
 de aquella sabia influencia  
 dulce ficcion de los doctos:  
 solo proclama, y aspira  
 mi discurso temeroso,

á aquel númen infinito,  
 sacro, eccelso y poderoso:  
 cuya luz inaccesible  
 desterrará el tenebroso  
 nublado, que se interpone  
 de temores, y de asombros  
 á mi triste pensamiento,  
 de un mal escrito medroso.  
 Mas, pues, me hallo en empeño  
 tan árduo y dificultoso,  
 siguiendo el rumbo divino  
 desde el mar, donde zozobro,  
 de la celestial princesa,  
 norte de afectos dudosos,  
 para lograr su obediencia,  
 ha de sacarme del golfo:

tire mis plumas. las líneas  
y admire todo curioso,  
asunto tan nunca oído,  
atención que el rasgo rompo.  
En la grandiosa y eccelsa  
Sevilla, lucido imperio,  
de las mas nobles Ciudades,  
de España blason famoso,  
de lealtad claro espejo,  
pues en cuanto el sacro Apolo,  
con la circular tarea  
devana los copos de oro,  
no registra otra mas noble  
desde lo alto de su sólio.  
En esta Corte suprema,  
de virtud, y nobleza heróica,  
un principal Caballero,  
vivía en union gustosa,  
de una muy hermosa Dama,  
su igual en lustre y decoro;  
dióle de su matrimonio,  
á don Diego de Tenorio  
el cielo un hermoso infante,  
y en el bantismo dichoso,  
que adquirió, la gracia añade  
mas duplicado el soborno.  
en las gracias que le esmaltan,  
pues fue Juan su nombre propio.  
Crióse en aquel descanso,  
y política que solo  
sabe practicar el noble  
con sus hijos amorosos:  
creció su belleza y gala,  
con un genio caprichoso,  
que odiado de sus parciales,  
siempre gustaba andar solo,  
entregado á pasatiempos;  
al estudio virtuoso,  
siempre le dió negaciones.  
altivo, bárbaro y loco.  
Llegó á tocar los umbrales

de la juventud brioso,  
y con libertad y gala,  
habiendo puesto los ojos  
en una ilustre doncella,  
tuvo traza y halló modo  
de entrar en su nuevo alvergue  
donde atrevido, impenioso,  
logró aleve con la fuerza  
cuanto perdió en lo engañoso.  
Dejó aquella rosa ajada,  
y ultrajado aquel pimpollo,  
haciendo burla y donaire  
de un lance tan afrentoso.  
Por cuyo motivo el padre  
ostentándose piadoso,  
determinó el ausentarle,  
dándole pronto socorro,  
se lo remite á su hermano  
á Nápoles, donde honroso  
por Embajador estaba  
del Rey de Castilla heróico.  
Recibióle el noble tío  
con afecto cariñoso,  
y don Juan en este tiempo,  
ingrato, presuntuoso,  
se enamoró de Isabela  
la duquesa, que en el propio  
cuarto de la reina estaba,  
por dama de honor lustroso.  
Esta señora vencida  
del que pretendia esposo,  
que era un grande de aquel reino  
dispusieron amorosos  
verse una noche en secreto,  
mas como el amor vicioso,  
todo el cuidado y desvelo,  
alcanzó don Juan Tenorio  
á saber de una criada  
el concierto: é industrioso,  
disfrazado su persona,  
acudió al puesto muy pronto;

de forma que la duquesa,  
con recatado alborozo,  
pensando que era su amante,  
entre apreciables coloquios,  
le dió las llaves del alma,  
para que el ladrón famoso,  
de su heroica honestidad,  
robase el casto tesoro,  
y en medio de aquellas dichas,  
que promete el amor loco,  
dijo madama Isabela:  
dulce bien, amado esposo,  
voy por una luz, que quiero,  
pues tanta fortuna logro,  
mirarte dueño de un alma,  
que eres tú su dueño solo;  
que aunque don Juan pretendia,  
con alhagos cautelosos,  
el detenerle fue en vano;  
y atendiendo al alevoso,  
con la luz del desengaño,  
dió voces su honor heroico.  
Alborotóse el Palacio,  
salió el Rey al alboroto,  
sin que el torpe delincuente  
de peligro tan notorio,  
se pudiese redimir,  
y echando el rebozo al rostro,  
intentaba defenderse:  
llegó don Pedro Tenorio  
á este tiempo, á quien el Rey  
encargó de este negocio,  
y la guardia juntamente,  
si se resiste brioso,  
le den al punto la muerte;  
y á la dama riguroso,  
que en la torre de palacio,  
le aseguren con decoro,  
hasta averiguar si quiere,  
ó puede el hado alevoso,  
mejorarse en la desdicha,

que ultrajó honor tan costoso.  
Apenas se ausentó el Rey,  
quitó don Juan el embozo,  
y á las plantas de don Pedro  
se arrodilló afectuoso,  
que importa mucho una vida,  
y de una honra el destrozo  
y el prudente embajador,  
siéndole su sangre apoyo,  
lo escapó por un balcon,  
y al Rey persuade de modo  
que imaginándole muerto,  
cesó la saña y enojo.  
Dejemos en el palacio  
de Nápoles suntuoso  
á la duquesa Isabela  
anegada en sus sollozos,  
y á don Pedro, que al momento  
despachó á Castilla un propio,  
dando cuenta del fracaso  
lamentable y lastimoso,  
donde dió parte á don Diego,  
que don Juan en tiempo corto,  
á valerse de su amparo,  
irá á Sevilla animoso.  
Y vamos al Burlador,  
atrevido y mentiroso,  
que habiendo sido su asilo,  
su remedio y su socorro,  
una embarcacion pequeña,  
que andaba en el mar á corso,  
se levantó una borrasca,  
é impensado terremoto,  
que ya el mísero bagel,  
dando de uno en otro escollo,  
de salvar la triste vida  
desconfiaba el piloto.  
En este conflicto el jóven  
al mar se arroja furioso,  
por mirar cerca la orilla,  
freno del salobre mónstruo;

siguiéndole un leal criado,  
en la náutica famoso,  
que viendo á su amo ya,  
en los últimos ahogos,  
hecho racional Delfin  
le escapó sobre sus hombros;  
y en la amable arena apenas  
puso sus pies alevosos,  
cuando á una bella zagala,  
que habitaba los cortornos  
de aquella vecina playa,  
hermosa y discreta en todo,  
( cuyo nombre era Tisbea )  
la solicitó engañoso,  
diciendo que pretendia  
quedarse en el arenoso  
terreno, y ser pescador,  
por gozar sus bellos ojos.  
Bendida al fin la doncella  
de imaginados antojos,  
que el ser principal persona  
le persuadia amoroso;  
bajo la fe y palabra  
de su trato mentiroso,  
se rindió á sus persuasiones;  
pero don Juan de Tenorio,  
íngrato, falso y aleve,  
inconstante y alevoso,  
no contento con quitarle  
su honra, cual fiero mónstruo,  
le pegó fuego á su alvergue,  
y con grande desahogo  
tomó dos postas ligero,  
sin temer el justo enojo  
del cielo, á tan graves culpas,  
y delitos espantosos.  
La triste infeliz doncella

quedó llorando el malogro  
de su hermosa juventud.  
Estapando el engañoso  
de los riesgos de la Italia;  
llegó al fin donde piadoso  
el pecho de su noble padre,  
para enmendar tanto oprobio,  
con que ajaba su nobleza,  
sensual y escandaloso,  
por refrenar la inquietud  
de su genio belicoso,  
y mudable condicion,  
hizo el concierto dichoso  
de casarle, porque el Rey  
hizo en esta parte todo,  
pidiéndote á don Gonzalo  
de Ulloa héroe, famoso,  
la belleza de doña Ana,  
su hija, milagro hermoso  
de la gran naturaleza,  
el cual la ofreció gustoso,  
ignorando el mal empleo,  
que lograba con Tenorio.  
Dejemos en este estado  
el tratado desposorio,  
que en el segundo romance  
se dirá el fin lastimoso,  
que tuvo este caballero,  
porque trató sin decoro  
el honor de las mugeres,  
y atrevido y jactancioso  
las burlaba y ofendia,  
con obras, palabras y odios.  
Y ahora humilde suplico  
á mi discreto auditorio,  
que me perdonen las faltas  
de estilo conceptuoso.

**FIN.**